

# GONZALO RESTREPO JARAMILLO

Por René Uribe Ferrer

El espléndido espectáculo de la voz de Gonzalo Restrepo Jaramillo en la tribuna, es uno de los recuerdos imborrables de mi lejana adolescencia. Voz de amplitud extraordinaria, que se plegaba a la variedad de expresiones intelectuales y emocionales del orador, y comunicaba a los oyentes la plenitud humana de su contenido. En las vehementes sesiones de la asamblea departamental de 1933, a la que concurría también Laureano Gómez, Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán fue, acaso, donde lo escuché por primera vez. Luego, en el Congreso Eucarístico de 1935; en el centenario de Jorge Isaacs, dos años después. Y después esa portentosa garganta cobraba tonos más familiares pero no menos expresivos, cuando nos dió, a quienes comenzábamos estudios de derecho, las primeras lecciones de economía política. Horas inolvidables, que continúan viviendo en la perennidad de la memoria y de la amistad.

Entre los oradores de su época y de los años anteriores, que he tenido el deleite de escuchar, ninguno reunió en más alta síntesis los dones de la elocuencia perfecta: voz, ademán, apostura, dialéctica y capacidad de comunicación emocional al auditorio. Sin embargo, nunca ocupó, o sólo ocasionalmente, en nuestras revueltas corporaciones públicas, el primer lugar a que tenía derecho. Fue siempre uno de los jefes de su partido pero no reunió la unanimidad de sus muchedumbres. Y ello es explicable. A diferencia de la mayoría de los grandes oradores del pasado y del presente, rehuyó constantemente en sus castigados discursos el empleo de todo recurso demagógico. Sus llamadas a la emoción colectiva eran, previamente, llamadas a la inteligencia. Más que un caudillo, quiso ser el ideólogo de su partido. Hé aquí la causa de lo que, para una mirada superficial, podría llamarse la limitación de su oratoria. Bendita imitación! La demagogia muere con el día; y cuando sobrevive, es sólo para dejar rastros luctuosos de violencia. En cambio los discursos de Restrepo Jaramillo permanecen por su riqueza ideológica.

Por ello, nunca suscitó el odio ni la violencia, sino la disputa elevada. Y nunca los que fueran sus contendores en el

campo del pensamiento, pudieron mirarlo como a un enemigo. Le discutieron muchos, pero todos lo admiramos y lo respetamos. Y hoy, muchos años después de aquellas espirituales contiendas, su muerte ha vuelto a mostrar la honda huella que las ideas de Restrepo Jaramillo dejaron en la plataforma política de los partidos colombianos.

Basta para ello leer su profundo libro "El Pensamiento Conservador", publicado hace treinta años, en la época de la "revolución en marcha", con ocasión del cincuentenario de la constitución de 1886. Fijó allí las bases fundamentales de la regeneración de Núñez y Caro, que siguieron constituyendo la contextura medular de la ideología conservadora: la armonía entre la Iglesia y el Estado, entre la libertad y el orden, entre los derechos privados y la intervención estatal, entre la propiedad privada y su función social. Años después, un historiador surgido de la izquierda, Indalecio Liévano Aguirre, observaba cómo los que habían tratado a Núñez de traidor, habían terminado por aceptar sus tesis básicas. Y el presidente que había proclamado la "revolución en marcha", proclamaría que las fronteras entre nuestros partidos tradicionales estaban borradas, aunque callando prudentemente que lo habían sido por la aceptación de los principios directivos de la constitución de 1886. Y esos mismos principios, claro que actualizados frente a la vertiginosa carrera de la historia mundial de los últimos años, son los que siguen orientando la transformación nacional que ahora se intenta. De esta manera el libro de Restrepo Jaramillo conserva, en lo esencial, su vigencia; aunque, claro está, haya en él el elemento caduco de toda obra humana, inmensa en el fuír de la historia.

A los cuarenta años de edad, Gonzalo Restrepo Jaramillo era el ideólogo más representativo y hondo del partido conservador colombiano. Cuando bruscamente sobrevino la tragedia. La enfermedad de la laringe. El espléndido orador se vió enmudecido. Para quienes lo habíamos conocido en el esplendor de la tribuna, y lo admirábamos y amábamos, era profundamente doloroso escuchar su voz sorda y muda, que se articulaba con doloroso esfuerzo. Era la encarnación trágicamente real del Prometeo encadenado. Tragedia absurda, como se acostumbra decir ahora. Tragedia providencial para quienes creemos que... todo lo que sucede es adorable". Providencial, porque las cenizas del orador fertilizaron la riqueza espiritual y humana del pensador y del cristiano.

Sin renunciar a sus intervenciones políticas, que pudieron ser a veces desacertadas pero guiadas siempre por el desinterés y la honradez absolutos, Restrepo Jaramillo se consagró, en los fecundos años de su madurez y su florida ancianidad,

a la profundización del pensamiento cristiano. A su exposición y a su defensa. Y escribió entonces sus dos libros fundamentales, que hacen de él uno de los más grandes pensadores católicos del continente y de la lengua española: "Peligro en Occidente" y "Los Círculos Concéntricos"...

Peligro en Occidente es una visión filosófica, teológica de la historia universal. Busca el origen de la llamada civilización occidental en la enseñanza religiosa revelada a Israel, y en el pensamiento filosófico jurídico de Grecia y Roma. "El nombre de occidental que se da a nuestra civilización traspasa los linderos geográficos y abarca la redondez de la tierra, porque occidente fue desde la venida de Jesucristo el verdadero proselitista de la humanidad, el orientador de sus destinos". Nos muestra el surgimiento gradual de una concepción cristiana de la cultura y la civilización, que alcanza su primera plenitud en la edad media; que sufre la ruptura de la Reforma protestante, y luego, en el siglo XX, el terrible impacto de dos guerras totales; y que se encuentra abocada actualmente a la lucha con una concepción materialista y atea, sea marxista o capitalista.

El anterior breve resumen, claro está, no da ni una mínima idea de la riqueza espiritual y humana de este libro, que transparenta una cantidad incalculable de erudición histórica, pero asimilada y jerarquizada intelectualmente, para lograr una visión del transcurrir del mundo certera y orientadora.

Claro que en un campo tan complejo y difícil es muchas veces prácticamente imposible llegar a la verdad total. Personalmente considero discutible la tesis tradicional de que la edad media signifique el primer apogeo de la cristiandad, y que la Reforma y la Revolución signifiquen etapas de retroceso en la vida cristiana. Basta pensar en que la edad media es sólo una pequeña isla cristiana (Europa occidental), dentro de un mar islámico o pagano, que abarca todo el resto del mundo, en gran parte desconocido para el europeo de entonces. Y pensar también en que en esa pequeña isla, la doctrina auténtica de Cristo convive con falsificaciones aberrantes de la misma, con supersticiones groseras y con crueles costumbres paganas. En cambio el Renacimiento, que en el libro que comento, no se analiza suficientemente, fue un fenómeno cristiano en su fundamento que era la valoración de la persona, a pesar de sus innegables extravíos. Y la Reforma y la Revolución, a pesar de sus raíces heterodoxas, contribuyeron, en parte por reacción pero en parte, también por profundización, a enriquecer la visión cristiana del mundo y su misión activa dentro de él

Pero las anteriores observaciones y disparidades de criterio no buscan amenguar el mérito extraordinario de "Peligro en Occidente", que es una de las grandes obras del pensamiento colombiano. En especial su visión del presente de los años que siguen a la segunda guerra mundial, está contenida en páginas magistrales, por la claridad de la visión histórica y por su perspectiva trágica y al mismo tiempo optimista del futuro. Recalca allí cómo lo esencial de la civilización occidental no es la estructura económica capitalista, ni el régimen político liberal ni las formas exteriores de la vida social. Todo ello, por digno e importante que sea está tocado del carácter efímero de las obras humanas. Sólo la doctrina de Cristo puede comunicarle valor perdurable. Tres años después de publicado este libro, uno de los pontífices más grandes de la historia, Juan XXIII, había de iniciar, con su llamamiento a todos los hombres de buena voluntad, este resurgimiento cristiano que Restrepo Jaramillo ansiaba y que es hoy una fuerza irrefrenable.

Su último libro, "Los círculos Concéntricos", es muy diferente, pero obedece a la misma preocupación fundamental. El cristianismo no aparece en él visto desde la historia humana sino desde la vida personal del autor. Se sitúa así dentro de la corriente existencialista que domina el pensamiento contemporáneo. (Digo tendencia, no moda. La moda, en el campo intelectual, es una supraestructura trivial y sin valor). Con poco de anecdótico pero con mucho de individual, el autor nos narra el encuentro de su yo, como contingente y limitado, y abierto al mundo circundante. Y en esta apertura se encuentra, en círculos concéntricos, con su familia, la tierra, la patria, el mundo y, siempre y en todas partes, con Dios. Con el único ser que puede llenar nuestras infinitas aspiraciones; nivelar el abismo entre la grandeza de nuestro empeño y la mezquindad de nuestros logros; satisfacernos y serenarnos con su infinita justicia y su infinita misericordia. Este libro, menos amplio que "Peligro en Occidente", menos erudito y tal vez de menor riqueza ideológica, es, en cambio, de mayor sustancia humana, más lírico, y su obra maestra literaria. La amplitud oratoria que caracterizó siempre su estilo, se concentra en estas páginas de vejez, para darnos, en páginas de apretada y suprema belleza, lo más personal de su alma. Y lo más personal de las grandes almas es al mismo tiempo, lo más universal. Porque los simples mortales encontramos allí expresado lo que muchas veces hemos sentido y pensado pero con la dolorosa impotencia de no poderlo transmitir.

Porque las páginas de "Los círculos concéntricos" son, al mismo tiempo, la suprema expresión de un gran pensador y

un gran poeta. Gran poeta en prosa. Aunque cultivó durante toda su vida el verso, él mismo reconocía, humilde y certeramente, que no era un gran poeta en formas métricas. Pero la poesía entrañable llena lo más sustantivo de sus páginas en prosa. En especial aquellas donde el pensamiento vuela más alto. Y sobre todo su último libro, fruto de una fecunda ancianidad, llena de fervor juvenil.

A medida que su edad avanzaba, su interés por las ocupaciones culturales se fue haciendo más absorbente. Y reunió a su alrededor un grupo de escritores, casi todos jóvenes, a quienes estimuló con su ejemplo y a quienes escuchaba con la humildad del sabio que no ignora que de todos podemos aprender un poco. Entre esos escogidos, que formamos esa corporación informata que ha funcionado con el nada pomposo título de "La Tertulia", tuve el honor de contarme. Y uno de los dones más valiosos y gratos que a Dios debo, es el de la amistad reverente pero confiada, que me unió a él durante los últimos años. Y el lazo espiritual pervive más fuerte, ahora que la convivencia terrena se ha roto.

Partió sencillamente, sin dramatismo, pero con la conciencia lúcida del fin. Como cristiano viejo, que sabía, con la verdad de la humildad, que no regresaba al Creador con las manos vacías. Que había multiplicado los talentos recibidos. Y que sus faltas, que son el triste patrimonio de todos los hijos de Adán, habían sido borradas con la sangre de Cristo. Y en sus últimos momentos pudo decir como Louis Veuillot:

**Como espero en Jesús, y en la tierra  
ante su ley no enrojecí  
en el día postrero ante el Padre  
no se avergonzará de mí**

Con él se va una de las grandes cifras de la generación de los "Nuevos". Era contemporáneo de Rafael Maya, León de Greiff y Mario Carvajal, que lo sobreviven. Junto a estos maestros, que han enriquecido la poesía y la crítica Restrepo Jaramillo era el pensador más profundo del grupo generacional. No era un filósofo puro, pero era el pensador práctico, que hunde sus raíces intelectuales en la teología y en la filosofía perennes, para aplicar sus principios a la realidad de su tiempo. Por eso Colombia debe contarle entre sus mayores hijos. Y las generaciones que vienen después, y especialmente las más jóvenes tienen el imperativo categórico de recoger, continuar y renovar sus enseñanzas. En la crisis que hoy vive Colombia, y que es un reflejo de la crisis mundial, el volver la mirada hacia nuestros grandes hombres debe servirnos de estímulo. No para anquilosarnos sino para enriquecer su labor y abrir nuevos caminos para la superación de la crisis. Y entre esos grandes nombres de nuestro pasado, el último en el tiempo pero no en la grandeza, Gonzalo Restrepo Jaramillo.